

Presentación

Las crisis

La irrupción de la crisis energética, económica y estructural del capitalismo a comienzos de la década de los 70 del siglo pasado abrió un periodo muy complejo en el sistema de sociedades mundial en el cual las posibilidades de cambios democráticos, presagiados por la contestación de los años 1960 (democracia política y democracia económica), fueron desbordadas por las profundas regresiones en todos los ámbitos de la vida política, económica y cultural introducidos por lo que a posteriori se denominó capitalismo flexible o globalizado. Era una respuesta contundente de la élite capitalista transnacional al nuevo periodo de estancamiento (y por tanto de reducción de ganancias) y a los temibles avances de la izquierda de los 60: una verdadera «guerra de clases» orientada a una «masiva redistribución de la renta y la riqueza hacia las capas superiores» mediante la reducción de los costes laborales, en acertada formulación de J.B. Foster y F. Magdoff en el capítulo 2 de este volumen. Sobre esa base, el capitalismo experimentó un nuevo ciclo expansivo, caracterizado como neoliberalismo, pero al mismo tiempo la acción colectiva, la acción de hombres y mujeres en las distintas sociedades y también a escala global tejieron múltiples formas de resistencia y de autodefensa que dejaron un poso nítido que es hoy un poderoso activo para enfrentar la nueva crisis sistémica del capitalismo mundial. Los foros sociales, la expansión de los movimientos sociales y su cambio de rumbo, la reintroducción en la vida cotidiana de diversas comunidades del mundo, principalmente desde experiencias políticas gestadas en el Sur, de

algo parecido a la noción de «economía moral» identificada por E.P. Thompson son, entre otras, manifestaciones de estos cambios generados en el contexto de las reverberaciones de la crisis sistémica de los 1970.

Desde el punto de vista de la evolución del sistema de mercado desde entonces, y como ilustran bien algunos análisis de este volumen (en especial el capítulo 7), las tendencias estructurales del sistema en su fase monopolista hacia el estancamiento, una tesis teórica característica de pensadores de la órbita de la *Monthly Review* (Sweezy, Baran, Kalecki, Steindl, Harry Magdoff...), fueron contrarrestadas principalmente por lo que Joseph Halevi y Riccardo Bellofiore han caracterizado agudamente como un «nuevo régimen capitalista financializado» o «keynesianismo financiero»; es decir, mediante el recurso al endeudamiento masivo y la estimulación de la demanda mediante la proliferación de burbujas de valores (inmobiliarios, financieros).¹ Por tanto, la emergencia de tendencias recesivas en el núcleo del capitalismo junto a una cadena de acontecimientos con fuerte impacto económico y simbólico abrió formalmente un periodo de crisis focalizada fundamentalmente en el sistema financiero de las principales economías y en la acción masiva de los Estados como el principal factor de estabilización y salvaguarda, en último término, del capitalismo ultraliberal de la época reciente, hasta 2007 y 2008, cuando la tendencia no pudo ser contenida y estalló la crisis hipotecaria de las *subprime* (ver el capítulo 4). Los acontecimientos subsiguientes son conocidos, y su análisis detallado es el objeto principal de este libro; como señalan J. Foster y F. Magdoff en el capítulo 2:

La creciente bancarrota económica actual y el sentimiento de escándalo político han provocado una ruptura fundamental de la continuidad del proceso histórico.

En efecto: no hay duda de que en el mundo de hoy se está produciendo un «cambio de escenario» (J. Pastor)² de largo alcance. La confluencia en un mismo momento histórico de una multiplicidad de crisis (véase el capítulo 5, de Bill Tabb) y la debacle de Wall Street y la Gran Depresión en proceso de despliegue, sugieren que estamos en camino de una transformación socioestructural de gran envergadura. Esas crisis múltiples cubren prácticamente todo el espectro de la sociedad organizada en que vivimos, y están entrelazadas. Hay una tangible *crisis alimentaria* (capítulo 1, de Fred Magdoff) que ha precipitado a alrededor de mil millones de personas, según la FAO, en el hambre y la desesperación. Hay una *crisis de hegemonía*, según la cual los poderes dominantes en el sistema mundial desde finales del siglo XIX, Estados Unidos y el Reino Unido principalmente, están lentamente perdiendo sus posiciones mientras emergen poderes nuevos en

Oriente y en el Sur: China, India, Rusia, Brasil, los llamados BRIC. Hay una *crisis de la sostenibilidad*: la Era de los Límites de la que venimos hablando en estas páginas desde hace años es hoy ya una realidad casi visible a simple vista y que una mayoría social percibe como cierta porque recibe sus efectos en la vida cotidiana. La actual crisis sitúa a la población mundial frente a una agenda sustancialmente diferente a la que abordan las élites políticas, los organismos internacionales y las distintas instancias más o menos formales de coordinación regional y global. Se precisa tanto un cambio de modelo productivo y de vida, que han gestado el advenimiento de esa Era de los Límites, como un consenso social y acción política urgente que ponga freno al desequilibrio demográfico, al expolio de los recursos comunes, al agotamiento de los no renovables, al medioambiente desequilibrado y contaminado, a la corrupción del modelo de democracia limitada con la que operaban los países del centro y, en general, al ascenso de poderes neoautoritarios y oligárquicos por todo el mundo.

Hay también una *crisis cultural*, especialmente en los países del Norte, a la que se ha llegado después de la evidencia de que el individuo posmoderno o el individualismo de la «Modernidad líquida», en expresión de Z. Bauman, producto de la era neoliberal y resultado lógico de procesos tan bien conocidos como el dualismo, la flexibilidad y el «Estado mínimo», era (y es) un ser execrable y antisocial que traslada las nociones de la ventaja comparativa y de ingeniería legal (fiscal, para empezar) destinada a desplazar costes al exterior (arruinando así a otros y depredando los bienes comunes) al mundo de las relaciones interindividuales y personales. Finalmente, hay una *crisis del modelo neoliberal* dominante durante el último cuarto de siglo y esa crisis, indiscutible, resulta de la fractura financiera y económica de ese capitalismo «de casino», depredador y a la ofensiva (contra los pobres y las clases populares) que ha reinado durante una generación.

Esa fractura conjunta adopta crecientemente el perfil de una nueva Gran Depresión, como mínimo comparable a la de 1929 y años subsiguientes. Sus rapidísimos efectos han significado un abrupto descenso de los niveles de vida de la gente, lo que significa que, aquellos que ya no disponían de acceso a los bienes más preciados y mantenían discretos niveles de vida han sido desplazados hacia la pobreza y la indigencia.

Las reacciones

¿Cuáles han sido las reacciones más notorias ante este cambio de escenario? Ante el estallido de las grandes crisis económicas del capitalismo, y

con el objetivo de entrever lo que nos depara el futuro, dos son los centros de interés donde podemos mirar para establecer cuáles son las grandes fuerzas sociales y tendencias en la economía política (ahora, mundial) que sufre los efectos de la crisis. De un lado, la reacción y posiciones de las fuerzas políticas institucionales. De otro, las que se dibujan por parte de la ciudadanía y las sociedades civiles de los distintos países. Por lo que se refiere a la primera, a su vez, es obligado distinguir entre las reacciones y posiciones adoptadas por la élite global, el *establishment*, esa clase dominante transnacional que ha tejido una temible coalición de clase durante la era neoliberal; y, por otro lado, la izquierda institucional.

La élite global, que ha conducido la dinámica frenética de la globalización desde arriba y nos ha precipitado en la presente crisis sistémica, sigue en los puestos de mando: en los Gobiernos de los Estados, en las clases políticas nacionales o estatales, en los medios de comunicación, en los sistemas de partidos... Es previsible que este grupo sufra importantes escisiones internas. Primero, por efectos de la propia crisis financiera y económica, que romperá muchos de los microconsensos sobre los que descansaba esa coalición de intereses. También, porque una parte no tendrá más remedio que cambiar su camisa aceleradamente (lo hemos visto ya en cargos importantes de la propia Administración de Obama, neoliberales de pro pero que no han dudado en encabezar medidas de política «neokeynésiana» para impedir el naufragio del sistema bancario) mientras que otra, irremisiblemente, va a resistirse y quedará barrida por la nueva generación de cargos asociados a la propia crisis. El *establishment* ha quedado noqueado pero sigue al mando de las operaciones, por el momento; su papel en el «neokeynésianismo» emergente puede sorprender pero tiene una fuerte coherencia de clase y su instinto de supervivencia va a propiciar que intente mantener la iniciativa. Por su lado, el papel de la izquierda institucional en esta coyuntura de crisis es, como mínimo, paradójico. Por la importancia especial que asignamos a este agente, especialmente al pensar en salidas progresistas de la crisis, analizamos su actuación por separado en el siguiente epígrafe.

Por último, y lo más importante, la ciudadanía y las sociedades civiles. La crisis iniciada en Wall Street empieza a manifestarse en 2007, pero es a mediados de 2008 cuando estalla con intensidad, provoca urgentes medidas de choque y un cambio drástico tanto en los datos macro y microeconómicos como en las políticas públicas a escala global. Las formas de reacción incipientes pueden captarse bajo cuatro rubros o nociones sugeridas en su día por Albert Hirschman y James Scott.³ Estos analistas elaboraron un modelo sencillo que permite, aplicado a las reacciones de grandes agre-

gados sociales (pero que mantienen en su base un importante elemento individual de decisión) enfrentados a una situación indeseada, captar las condiciones que vinculan el descontento individual provocado por esta con, eventualmente, la acción o inacción colectiva. Las cuatro situaciones destacadas son la protesta («voz»), el cambio de registro o de condiciones de existencia (la «salida»), el descontento que sin embargo mantiene su compromiso con el sistema («lealtad») y, en condiciones de fuerte dominación desde arriba, la hostilidad o la resistencia en forma de microconflicto.

La ciudadanía ha recurrido en muchos lados a la «voz», ya en 2008 (por ejemplo en China, a finales de noviembre), pero de forma abierta en 2009. Para este último periodo podemos destacar, por un lado, grandes protestas en los países del centro, muchas de ellas de carácter laboral. En Francia han sido especialmente agudas y han llegado a la huelga general (entre enero y marzo-abril-mayo). En el Reino Unido han adoptado tintes xenófobos y han producido en febrero algunos estallidos que han recordado los de febrero de 1979 contra Thatcher; en Gran Bretaña, por tanto, hasta el momento la protesta ha dibujado el perfil de la «antipolítica» característico de sociedades con un fuerte desapego de la ciudadanía en relación con la política institucional tradicional (como ocurrió en su momento, por ejemplo, en la Europa postsoviética). En el epicentro de la crisis, los Estados Unidos, se registra, al menos desde febrero de 2009, un acelerado deterioro de las condiciones de vida y un extendido malestar que hasta el momento no ha prendido en un conflicto abierto y masivo. Han estallado también protestas en la Federación Rusa (en enero y febrero), en Guadalupe y las Antillas francesas,⁴ una especie de colonias internas de Francia, en España (en febrero y en mayo sobre todo), mientras que se detecta también un grave deterioro de las condiciones en América Latina. En un grupo de países, especialmente en Europa central (Chequia en marzo), se han registrado grandes tensiones que han provocado inestabilidad institucional aguda (también, por ejemplo, en Grecia en abril) y las protestas, también de abril, contra la cumbre de la OTAN en Estrasburgo. Finalmente, desde finales de 2007 y durante 2008, una oleada de «motines de subsistencia» en numerosos puntos del Sur global en protesta por el alza de los precios de los alimentos básicos (véase el capítulo 1).

En conjunto, por tanto, puede hablarse de: uno, agitación laboral global; dos, protestas cuajadas y potentes, puntuales pero esparcidas por todo el sistema mundial y no entrelazadas; tres, agudas condiciones de deterioro de la situación pero que no cuajan en protestas organizadas en Estados Unidos y otras regiones; cuatro, la presunción de que el conflicto social desencadenado por la crisis va en aumento y se extiende y que, en general,

las medidas paliativas puestas en marcha por la mayoría de Gobiernos del *establishment* neoliberal al mando han contenido los primeros efectos de protesta pero que 2010 puede ser quizá, al respecto, según algunos indicios, un año con gran potencial de conflicto.

¿Cuáles son las medidas de «salida» que pueden registrarse? Por un lado, el mecanismo típico de «salida»: los movimientos migratorios. La apertura de las crisis citadas fuerza a una parte de la mano de obra inmigrante en economías más prósperas (es el caso español) al retorno forzado; y endurece extraordinariamente las condiciones de los que declinan volver o, sencillamente, no pueden, por su carencia de derechos políticos, precariedad de condiciones de existencia y escasa capacidad de acceder a la voz. Por otro lado, en el contexto de la crisis sistémica y el descontento desde abajo, la «salida» nos lleva a observar reacciones de colectivos que, en partes diversas del sistema, manifiestan con su acción que han abandonado conceptualmente el sistema y se dedican «a otra cosa». Este es el caso, claramente, de la fundación de partidos de orientación antisistémica, es decir, que se dirigen explícitamente a superar la sociedad de mercado, algunos de los cuales se mencionan más abajo. Es el caso también, quizá menos publicitado pero más extendido, de la creciente ola de asociaciones de trabajadores y trabajadoras que toman en sus manos empresas en crisis y las reflotan formando cooperativas de autogestión (en Argentina, de las que ha dado cuenta en un documental Naomi Klein, y en otros lugares), una forma de «salida» practicada también en España en los inicios de la transición (por efecto de la crisis económica de mediados de los años 1970) y que tuvo un celebrado caso en la barcelonesa Numax (recogido en documento gráfico inolvidable por el cineasta desaparecido, vinculado también a esta publicación, Joaquim Jordà).

La «lealtad» en medio del descontento es una categoría menos definida. Significa que, pese al descontento individual respecto a una situación o estado de cosas, el compromiso con una institución (en nuestro caso, con la forma de sociedad) prima sobre el recurso a la voz y la acción colectiva. En este punto, la observación de lo ocurrido durante el último año largo produce resultados desconcertantes que, sin embargo, si son bien interpretados contienen algunas claves decisivas sobre lo que nos aguarda. Como han señalado diversos analistas refiriéndose al área de la OCDE, el dato desconcertante es que la mayoría de la ciudadanía, a pesar de la rapidez y contundencia de la crisis, primero financiera, enseguida económica, finalmente sistémica y cultural, no busca salir del capitalismo.⁵ Se produce, pues, una extraña lealtad al sistema que, aunque responde a diversos y complejos factores, debe sin duda conectarse con el hecho de que la

izquierda institucional ha perdido totalmente su credibilidad entre una parte considerable de la población en tanto que proyecto alternativo.⁶ Aunque operan más factores, ¿cómo interpretar si no la vigencia y resultados electorales, a pesar de los pesares, de líderes políticos como Sarkozy, Merkel o Berlusconi? Sea como fuere, la patente derechización electoral que ha tenido lugar en Europa —que contrasta con el giro desde el neoconservadurismo extremo a una fórmula más o menos socialdemócrata en Estados Unidos bajo Obama— es sin duda una reacción de lealtad que debe preocupar a la izquierda, como también las manifestaciones xenófobas del Reino Unido mencionadas antes.

Finalmente, la hostilidad o los microconflictos. Se registran aquí diversos actos de sabotaje, de secuestro de directivos de empresas y de ocupaciones. Pero también el estallido, desde hace unos años, de lo que convendría conceptualizar como *revueltas anómicas*, es decir, la presencia creciente de formas masivas de conflicto social que se producen, no solo en contra, sino al margen de la estructura normativa característica de las sociedades de capitalismo avanzado. Fue en 2005 el caso de la protesta masiva en las *banlieues* francesas por parte de la población de inmigrantes de segunda y tercera generación (la mayoría ya «nacionales»). Pero también el caso griego de finales de 2008, aunque elementos de este tipo de protesta hostil y antisistémica se encuentran en diversos movimientos estudiantiles recientes, incluido el caso español.

La izquierda institucional

La crisis global, sistémica y civilizatoria en la que nos encontramos debería convertirse en una oportunidad para ofrecer alternativas desde la izquierda que cuestionaran abiertamente la falsa salida que, mediante la «socialización de las pérdidas» generadas por el capital financiero, están promoviendo los Estados, las instituciones financieras internacionales y la OMC, con el firme propósito de que el «sistema» vuelva a funcionar como antes. Una respuesta que era de esperar y que además va acompañada de una nueva vuelta de tuerca contra los derechos de los trabajadores y los pueblos y, en el mejor de los casos, de cambios cosméticos en la lucha contra el cambio climático para seguir con el mismo «modelo de crecimiento económico», incluso mediante el relanzamiento de la energía nuclear.

Sin embargo, para poder llevar a cabo una verdadera y radical «eutanasia del rentista» y generar nuevas esperanzas de cambio radical habría que contar con una izquierda a la altura de los retos que esa misma crisis plan-

tea y ese no es el caso. La creciente adaptación a la «onda larga» neoliberal por parte de los grandes partidos socialdemócratas desde el decenio de los 1980 llegó hasta tal punto que hoy es patente su incapacidad para dar una respuesta diferente de la que la derecha está promoviendo, dispuesta ahora a recurrir sin complejos a la ayuda de unos Estados que retornan con fuerza a intervenir en la economía para salvar al capital.

¿Cómo orientarse para enjuiciar a la izquierda institucional? E. Hobsbawm ha ofrecido recientemente un criterio convincente:

Decisiones públicas que tienen por objetivo la mejora social colectiva de la cual todas las vidas humanas deben beneficiarse. Este es el fundamento de las medidas de política progresivas (y no la maximización del crecimiento económico y las rentas personales).⁷

Hay algunos acontecimientos de gran impacto que señalan el camino seguido por la izquierda institucional hasta adquirir sus perfiles actuales y separarse de la noción de Hobsbawm: la huelga de controladores aéreos norteamericanos de agosto de 1981, derrotada por Reagan; la renuncia a una política neokeynesiana por parte del Gobierno de la «Unión de la Izquierda» en Francia en 1982; y el fracaso de la huelga de los mineros británicos de 1984-1985. Estos acontecimientos decisivos se encuentran en los orígenes de un proceso que permitió «cristalizar el consenso sobre el “agotamiento” del compromiso social keynesiano y sobre la “necesaria” y rigurosa subordinación de las políticas sociales a los imperativos de la “competitividad”». ⁸ Desde entonces, la transformación de la mayoría de los partidos socialdemócratas en «social-liberales» se convirtió en una tendencia dominante que encontró además su codificación teórica en obras de intelectuales como Anthony Giddens y de políticos como Anthony Blair y Gerhard Schroeder. El documento que estos dos líderes del laborismo británico y de la socialdemocracia alemana suscribieron en junio de 1999 bajo el título de «La Tercera Vía» fue suficientemente esclarecedor de ese giro radical: en él se consideraba superada la división entre izquierda y derecha,⁹ se rechazaba el «crecimiento constante del gasto público», se afirmaba que «se ha exagerado la debilidad de los mercados y se ha subestimado su fuerza», se apostaba por «una sociedad que aprecie a los buenos empresarios tanto como a los artistas o a los futbolistas» y se expresaba «la convicción de que se deben superar los típicos conflictos laborales». Esa declaración, hecha poco antes de las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 1999, venía además a ratificar su identificación con una Europa motor de la globalización neoliberal: «la UE debe seguir actuando con

determinación a favor de la liberalización del comercio mundial»; «se debe simplificar la fiscalización sobre las empresas y se deben reducir los tipos de impuestos»; «reviste particular importancia la reducción de los costes laborales extrasalariales mediante la reforma estructural de los sistemas de seguridad social»; «los mercados flexibles son un moderno objetivo socialdemócrata»; «el mercado laboral necesita un sector de bajos salarios para poder ofertar trabajos que requieran esa preparación». ¹⁰ Así se hacía difícil distinguir, al menos en lo que a política económica se refiere, entre las variantes conservadora y socialdemócrata de la «gobernanza» europea que se puso en marcha desde el Acta Única de 1986 y que acabó mostrando el triunfo póstumo de uno de los grandes padres del neoliberalismo. ¹¹

El «escándalo político» reciente del que hablan Foster y Magdoff en el capítulo 2 deriva en buena parte de las reacciones y declaraciones de líderes socialdemócratas «de Tercera Vía», como Rocard o Felipe González, que pretenden desmarcarse hoy de un paradigma neoliberal que ellos mismos contribuyeron a asentar en el seno mismo de las clases trabajadoras «nacionales», atraídas por la ilusión del «efecto riqueza» y del «capitalismo popular» y ajenas a la sobreexplotación de la población inmigrante que, como en el caso español, contribuyó decisivamente a ese «milagro económico».

El balance que ofrecen los partidos comunistas tradicionales tampoco es satisfactorio. Quizás el caso italiano sea el más dramático, ya que a lo largo de todo este periodo hemos visto un proceso de mutación creciente del PCI que le ha conducido a la conformación de un «Partido Demócrata» («reformista pero no de izquierdas», según su líder, Walter Veltroni), triste reflejo de la «norteamericanización» que ha conocido la política en Europa. Otros partidos, como el francés o el español, se han visto sometidos a la vieja tensión de querer ser «partido de lucha y de Gobierno»... con el social-liberalismo, sufriendo así una crisis de identidad y de proyecto y, sobre todo, una pérdida de arraigo social entre los y las de abajo. No obstante, surgen nuevas experiencias como La Izquierda en Alemania (producto de la fusión entre la izquierda socialdemócrata encabezada por Oskar Lafontaine, el antiguo Partido Comunista de Alemania Oriental y una corriente sindical) o el Partido de Izquierdas en Francia, mientras que también en ese país un ensayo de una izquierda más radical como el Nuevo Partido Anticapitalista, que tiene a Olivier Besancenot como su principal portavoz, trata de ser un nuevo referente en la reconstrucción partidaria de la «izquierda de la izquierda».

En todos los casos revisados, las organizaciones sindicales del periodo reciente participan decididamente en las políticas de Tercera Vía y son con-

sideradas, a todos los efectos, fuerzas de orden.¹² Solo en América Latina nos encontramos con procesos de cambio y de ruptura, al menos parcial, con el neoliberalismo, en los que sin embargo no es la izquierda —tradicional o no— la protagonista sino, más bien, los pueblos indígenas y nuevas formas de liderazgo populista cuyas potencialidades y limitaciones están viéndose sometidas a nuevas pruebas tanto frente a la «nueva» estrategia estadounidense en la región como ante la presión de los movimientos sociales de los y las de abajo. Nuevos programas, nuevas estrategias de resistencia y de reconstrucción de bloques contrahegemónicos, «por abajo y a la izquierda», se hacen cada vez más necesarios en las distintas escalas —local, nacional, estatal, regional y global— de conflictividad y de lucha que esta crisis, probablemente larga, va a ir generando. Encuentros como el Festival Mundial de la Digna Rabia en Chiapas y el Foro Social Mundial de Belém en enero de 2009 han ofrecido ya la oportunidad de nuevos espacios de diálogo y de convergencia entre organizaciones sociales y partidos políticos en la búsqueda de nuevos caminos, con la aspiración a la socialización de los bienes comunes, al servicio de la satisfacción de las necesidades básicas del conjunto de la humanidad y del planeta, como horizonte también común de ese «otro mundo posible».

En resumen, ante el hundimiento abrupto y contundente de los fundamentos del entramado económico del capitalismo neoliberal, prácticamente sin excepciones (La Izquierda y poco más), la izquierda institucional ha carecido de respuesta alguna. Su reacción instintiva, un acto reflejo, ha consistido en reunirse para sostener al capitalismo y «salvarlo» o «rescatarlo» de su traspíes. Su discurso y sus políticas han sido de una total claridad: diseñar planes para hacer frente o prevenir el estallido de conflictos sociales y ni una palabra ni acción para dejar atrás la era del capitalismo. El mensaje ha sido potente: a todos los efectos, los partidos, sindicatos e instituciones anexas de la izquierda institucional, por mucho que buena parte de sus apoyos sociales vayan en otra dirección, forman parte integral (en lugares subordinados) de esa élite global que configura el *establishment* del capitalismo globalizado de hoy. El resultado de las elecciones europeas en Francia de junio de 2009, con el grupo ecologista encabezado por Cohn Bendit alcanzando el porcentaje de votos del PSF, podría entenderse como un anticipo de un colapso que, poco a poco, puede diluir los residuos de esa «vieja» izquierda institucional.

Hay grandes desafíos a la vista, y no es el menor de ellos esa preocupante proliferación de nuevos extremismos de derechas en los últimos años y la posibilidad cierta de nuevas salidas autoritarias ante los agravados problemas económicos y sociales. Pero la esperanza y la fuerza política para

gestionar esos tremendos desafíos que se avecinan proceden de la sociedad civil, la ciudadanía autoorganizada, los «novísimos» movimientos y experiencias alternativas. A estos fundamentos, sólidos pero quizá diseminados, esperamos que se una la fuerza del movimiento obrero en reacción ante la crisis y estableciendo vinculación y continuidad entre las numerosas luchas protagonizadas en los últimos años por trabajadores y trabajadoras de todo el mundo en su resistencia ante la globalización, y que, al hacerlo, aceleren la necesaria renovación de las organizaciones sindicales y la aparición de nuevas formas de organización política de los trabajadores.¹³ Como se argumenta en este volumen, el capitalismo acaba de demostrar de nuevo que es un «sistema fallido» (capítulo 7) y la única manera de salir de él y rescatar, no a los bancos, sino a la civilización, es «una insurrección social y económica de masas» (Foster y Magdoff, capítulo 2).

Con ese horizonte, invitamos al lector o lectora a examinar los convincentes argumentos que ofrecen los autores de los distintos capítulos de este libro. El capítulo 1 (Fred Magdoff) explica los entresijos de la aguda crisis alimentaria mundial. El capítulo 4 (Karl Beitel) expone con todo detalle el origen de la crisis financiera y las *subprime* y la lógica con que operan los que denomina «los brujos de Wall Street». El capítulo 2 (John Foster y Fred Magdoff) describe el contexto más amplio de la «implosión financiera» y su vinculación con la tendencia estructural del capitalismo monopolista hacia el estancamiento. El capítulo 3 (Minqi Li) relaciona ambas crisis, la hipotecaria y la financiera, con la crisis económica global y el agotamiento de los recursos. Bill Tabb (capítulo 5) relaciona todos estos argumentos con elementos geopolíticos y la crisis de hegemonía de Estados Unidos por el surgimiento de unos nuevos poderes emergentes, en Asia y otros lugares. El capítulo 6 (John Foster y Robert McChesney) ponen la atención en el fin de la presidencia de Bush y el acceso al Ejecutivo norteamericano de Barack Obama y lo que esto significa. Finalmente, John Foster (capítulo 7) analiza la presente crisis de la globalización neoliberal, explica por qué nos encontramos en «un momento crucial de la historia de la humanidad» y las razones que demandan una acción política intensiva por parte de las clases populares del sistema mundial para, como propone Evo Morales (solapa), deshacernos con urgencia del sistema de mercado.

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres, Jaime Pastor y Carlos Zeller
Barcelona y Madrid, julio de 2009

Notas

1. Consúltense al respecto el importante artículo de John Bellamy Foster, «La financiarización del capitalismo», en *Monthly Review*. Selecciones en castellano, nº 8, *25 años de neoliberalismo*, Hacer-Món 3, Barcelona, 2008, pp. 41-53.
2. Jaime Pastor, «La crisis y los movimientos sociales. De la indignación individual a la protesta colectiva», CIP-Ecosocial, *Boletín ECOS* 7, mayo-julio de 2009.
3. Albert Hirschman, *Salida, voz y lealtad*, FCE, México, 1977; y James C. Scott, *Weapons of the weak* [Las armas de los débiles], Yale University Press, New Haven, 1985. Los párrafos inmediatamente siguientes proceden de un artículo de S. Aguilar en elaboración.
4. Véase Immanuel Wallerstein, «Guadeloupe: oscura clave de la crisis mundial», *La Jornada*, 9 de marzo de 2009.
5. El columnista de *El País* Ignacio Sotelo lo ha resumido en «La salida de la crisis» (18 de junio de 2009): «La diferencia fundamental con la crisis de 1929 es que muy pocos conectan la actual con el fin del capitalismo... No ha disminuido la confianza en el orden económico establecido, ni siquiera en las instituciones financieras responsables de la catástrofe». La segunda idea es más que cuestionable, pero la primera acierta y refleja una percepción muy extendida que la izquierda debe tratar de aclarar.
6. Manuel Valls, alto dirigente del Partido Socialista francés: «Pensar en otro tipo de sociedad que no sea capitalista carece de sentido» (*El País*, 26 de julio de 2009).
7. E. Hobsbawm, «Socialism has failed. Now capitalism is bankrupt. So what comes next?», en *The Guardian*, 22 de abril de 2009.
8. Noëlle Burgi, «Du blairisme» (disponible en <http://contretemps.eu/print/438>).
9. Teorizada ya por el propio Giddens en 1994 en un texto clave, *Más allá de la derecha y la izquierda*, Cátedra, Madrid, 1996; y, por supuesto, en *La Tercera Vía*.
10. «La Tercera Vía. Europa: The Third Way-Die Neue Mitte», de T. Blair y G. Schroeder, en *¿Tercera Vía o neoliberalismo?*, de Martin Jacques (ed.), Icaria, Barcelona, 2000.
11. El recientemente fallecido Peter Gowan ofreció una interpretación excelente de ese «nuevo europeísmo» en «La Europa de Hayek y su deriva hacia la incoherencia», en VV.AA., *Buscando imágenes para Europa*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2006.
12. Algo que en España se ha producido en un lapso muy breve. Contrasta la actitud de los grandes sindicatos españoles con el juicio que merecieron a alguno de nosotros después de una huelga general hace veinte años: «Los sindicatos son, en la España actual [1989], el último reducto organizado, con una base social de importancia, de esta cultura de izquierdas», en Salvador Aguilar y Jordi Roca, *14-D: economía política de una huelga*, Fundació Jaume Bofill, Barcelona, 1989, p. 9.
13. Se avecinan cambios. Podemos aprender de pasadas crisis capitalistas y tratar de divisarlos según las nuevas condiciones de hoy. Leo Panitch recordó hace unos años que «[d]e la larga crisis de 1873 a 1896 surgieron en Europa los partidos y sindicatos obreros de masas; el modelo norteamericano de sindicalismo industrial y el modelo sueco de gestión socialdemócrata se forjaron durante la Gran Depresión de la década de 1930; y fue en medio de las remozadas crisis económicas de las décadas de 1970 y 1980 donde se desarrollaron los nuevos movimientos sociales», en L. Panitch, «Los movimientos y la renovación del socialismo», capítulo 10 de *Monthly Review*. Selecciones en castellano, nº 3, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Hacer-Món 3, Barcelona, 2005, pp. 170-171.